

La ciudad de la espera y la esperanza

Como siempre que se inicia la investigación de un concepto, término o noción central en el pensamiento zambrano, surgen de inmediato problemas metodológicos. El pensamiento proteico y en cierto modo impresionista de Zambrano dificulta cualquier aproximación sistemática a sus textos, lo cual, por otro lado, es ineludible en caso de que la labor analítica pretenda perfilar el posible alcance filosófico del pensamiento de dicha autora. El objetivo de estas páginas es reflexionar sobre el significado que ha dado Zambrano al término «ciudad» y «ciudadanía» no sólo con el fin de describir, entender e interpretar, sino con el de rescatar, si la hubiera, la actualidad de sus ideas. Para estructurar mi exposición me he visto obligada a tener en cuenta las siguientes consideraciones previas:

1. ¿Cuándo surge el término ciudad o ciudadanía en el pensamiento zambrano y cómo ha sido la evolución del mismo a lo largo de su obra?

2. ¿Cómo ha de entenderse el término en cuestión?, es decir, ¿cuál es el carácter constitutivo del mismo?

3. ¿Introduce Zambrano el tema de la ciudad en el ámbito de una reflexión antropológica, política, ética o metafísica?

4. ¿Qué nos enseñan las declaraciones que hace Zambrano sobre la ciudad con relación a nuestra propia situación histórica, en la que precisamente el concepto de ciudad como forma de organización civil ha sido rescatado

por el pensamiento filosófico como solución estratégica frente a la idea de nación?

5. ¿Podría con justificación afirmarse que el término de ciudad en el discurso zambrano es otra cosa y más que una metáfora de la esperanza entendida no como término antropológico sino como virtud teológica?

Si bien las consideraciones anteriores han sido la pauta que he seguido durante la elaboración de este texto, no es el momento de desarrollar cada una de las cuestiones apuntadas. Me limitaré en esta ocasión a esbozar únicamente una investigación que está en curso, retomando para ello el hilo de algunos de los planteamientos del seminario celebrado aquí en mayo de 1997 que han sido recogidos, en parte, en el libro *Claves de la razón poética* editado por Carmen Revilla. En el artículo «El binomio España-Europa»¹ con el que contribuí a la publicación mencionada, anticipaba de forma muy somera una posible explicación de cómo y por qué se produce en el pensamiento zambrano posterior al exilio la génesis de la idea de una «ciudad ideal» invisible y transhistórica, cuyo fundamento eterno y divino lo encontraba la autora en el «Reino de Dios» entendido como reino de las virtudes teológicas de la fe, la esperanza y la caridad, más allá del ser temporal y de cualquier utopía racional de carácter histórico o de cualquier teoría de la revolución que hubiera pretendido traer a la tierra aquel reino de Dios invisible.

Notas:

¹ *Claves de la razón poética*, Madrid, Edit. Trotta, 1998; pp. 43-54.

En esta ocasión el punto de partida de mis reflexiones es el análisis de algunos textos fragmentarios de María Zambrano escritos después del exilio y publicados más tarde en forma de libro. Nos referimos concretamente a *Delirio y destino*, *La Agonía de Europa*, *La tumba de Antígona*, *Persona y democracia* y *La España de Galdós*. En estos cinco textos temáticamente relacionados, pues incluyen una reflexión sobre el tiempo de la historia como espacio de religación del hombre con lo divino, aparece el término «ciudad» dentro de una cadena semántica organizada discursivamente en dicotomías del siguiente tipo: realidad-esperanza, utopía-convivencia, historia-eternidad, verdad vital-verdad histórica, soledad-convivencia, individuo-sociedad, sacrificio-libertad, persona-circunstancia, personaje-persona. En el ámbito de esa constelación semántica, el término ciudad cuenta con varios significados que sólo en apariencia son diferentes, pues en última instancia remiten todos ellos a un fondo común de carácter religioso-místico que los trasciende.

Zambrano se refiere en esos textos, en primer lugar, a la ciudad en sentido concreto, es decir, como espacio urbano geográficamente delimitado en el que se despliega y manifiesta el tiempo histórico, en segundo lugar se refiere a la ciudad como ámbito de convivencia con un significado equivalente al que Ortega da al término sociedad en *Ensimismamiento y alteridad* y en *El hombre y la gente*. En este caso la ciudad es para Zambrano: «esa entidad cuya existencia depende del hombre» y no a la inversa. Finalmente, y muy relacionado con la experiencia del exilio, Zambrano alude en sus textos a una ciudad simbólica, irreal, a un espacio recordado y perdido, cuya ausencia y vacío impulsa al sujeto a memorizar en soledad un sentir originario para proyectarse después con anhelo (fe) en el ensueño de un bien sumo futuro, trascendente a la historia. En este último caso la ciudad ideal es el objeto de la esperanza como categoría vital y como virtud teologal.

Podría decirse que entre los tres tipos de ciudad existe en el pensamiento de María

Zambrano una relación dialéctica, pues el recuerdo de una ciudad terrenal perdida en circunstancias como lo son la guerra, el destierro o el exilio transforma al sujeto histórico en sujeto desarraigado y por eso creador de esperanza. De hecho, lo iremos viendo, el término de ciudad en el pensamiento zambrano está íntimamente conectado a la interpretación ascética del tiempo existencial como tiempo de prueba en el que el hombre descubre que la vida o es prueba o de otro modo sería absurda. Entendida la vida existencial como prueba, surge en el horizonte la esperanza, dicho de otra forma, el desarraigo existencial se transforma para Zambrano en arraigo en la ciudad ideal de la esperanza. En la soledad e intimidad el hombre adquiere conciencia y descubre que el dolor, el sufrimiento y la privación tienen en sí sentido, la «pesadilla histórica», eso que Zambrano designa como «historia sacrificial» deja entonces de serlo para hacerse historia en sentido humano universal. De ahí que nuestra autora piense que el desarraigo propio de los desterrados o exiliados que no son ciudadanos de ningún país contribuye a fortalecer en ellos su anhelo de verdad humana y el deseo de retirarse de la vida histórica para vivir en soledad, trascendiendo las circunstancias y abriéndose a la infinitud. Situación necesaria para la toma de conciencia y conversación del sujeto histórico en persona, estado que nuestra autora designa metafóricamente como un «enmuramiento» donde viven muriendo con conciencia las víctimas de la historia sacrificial, como lo demuestra la interpretación que Zambrano ha hecho de Antígona. Sólo mediante la acción del pensamiento logra el hombre poseer el tiempo disperso y hacerse persona, es decir, sujeto de conocimiento con ansia de verdad.

Zambrano dedicó varias páginas de su producción a la evocación de ciudades concretas. Además de Madrid, aparecen en ellos Segovia, Barcelona, París, México, Roma, Venecia, todas se ofrecen al lector como espacios o lugares de convivencia social que invitan al sujeto que busca una verdad invisible a pensar, a ensimismarse, a memorizar un sentir originario o

anhelar para trascender el cerco temporal o espacial de las circunstancias concretas:

«Más allá de las circunstancias que circundan el horizonte se llama al que busca el conocimiento, que es simplemente el que no abandona, el que no suspende el sentir originario, el que no desoye ni desatiende la presencia no objetiva de algo, de un centro que a sí mismo y a su contorno trasciende»².

En general, las ciudades reales que figuran como marco de referencia espacial en algunos textos de Zambrano son espacios abiertos a la revelación de la verdad de la vida humana, es decir marcos referenciales abstractos que reflejan la interioridad de ella misma. No son por lo tanto esas ciudades espacios urbanos con referente concreto. Entre esas ciudades, Madrid, la más real y terrena de ellas, tiene un significado emblemático, pues más que como lugar habitable aparece en el discurso narrativo de Zambrano como espacio en el que vivió la autora con alternancia rítmica el sentimiento de convivencia social (la alteridad) y el ensimismamiento propio de la vida de la conciencia en meditación y soledad. Rítmica alternancia en la que el sujeto, en opinión de Zambrano, toma conciencia de que la identidad entre la verdad de la historia y la verdad de la vida sólo se da en instantes privilegiados de felicidad. Un momento así fueron para Zambrano los años de actividad y de compromiso político con la República transcurridos en Madrid, coyuntura temporal que ella designó como «pleamar de la historia»³, porque entonces el presente se le abría hacia un futuro de esperanza:

«En su alma, el alma de la ciudad, boca de mar abierta en el centro de la Península, tiene sus mareas y ahora comenzaba la alta; pero los pueblos, como los mares, tienen sus mareas extraordinarias, con las que no se cuen-

ta. A ésta se la sentía ya crecer. Y ella se afanaba en recorrer la ciudad día tras día, no sin avidez, temiendo que se le acabara pronto su gozo. El gozo de sentirse bañada en aquella atmósfera de vitalidad marina, salpicada de vez en cuando por alguna de la multitud{...}»⁴

Entramos ahora en el análisis concreto del término ciudad en sus distintas manifestaciones. Hemos elegido como texto de referencia para ejemplificar nuestras observaciones *Delirio y destino*, pues es en estas memorias noveladas o autografía ficcional, donde la autora presenta la dialéctica del término ciudad con los tres significados mencionados más arriba. Dicho de otra forma, la ciudad de Madrid aparece en ese texto con la función de actuante de un proceso dinámico que va de lo real a lo espiritual, de lo histórico a lo místico, de la utopía a la esperanza en el sumo bien de una existencia bienaventurada. El libro tiene por esa razón carácter de confesión tanto a nivel personal como a nivel histórico y en cierto modo se relata en él una conversación o «metábasis» que recuerda las *Confesiones* agustinianas. Allí la autora trata en definitiva de reconocerse como víctima inocente-culpable por haberse entregado apasionadamente a una «utopía», dice ella, utópica en sí misma ya que se trataba de una simple inspiración sin haber sentido nunca la tentación del poder⁵.

En *Delirio y destino*, libro autobiográfico y confesional, Madrid es el centro urbano en el que en un periodo muy delimitado y crucial de la vida de Zambrano (1928 y 1931) se entreveran el tiempo histórico de España y el tiempo no cronológico de la vida personal de la autora. Madrid en el recuerdo y desde el exilio es en ese libro un espacio en el que suenan al unísono la esperanza de la autora como ente histórico y la esperanza del entorno social en el que ella vive con la sensación de con-vivir, es decir de com-

² Zambrano, María; *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990; p. 61.

³ Zambrano, María; *Delirio y destino*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989; p. 146.

⁴ *Ibid.*, p. 161.

⁵ *Ibid.*, p. 233.

partir con el pueblo la confianza de la espera por el futuro de España. Madrid en esos años de compromiso político fue para Zambrano la ciudad de la espera confiada y también, en instantes fugaces de plenitud, la *polis* ideal, en la que germinó el ensueño de construir una sociedad de hombres libres, «un reino de justicia» en la tierra. En el curso del proceso narrativo de *Delirio y destino*, a través del filtro selectivo de la memoria, Madrid, ciudad de la espera, se transforma en ciudad de la esperanza y, ya perdida la guerra, el vacío, la huella de la ausencia de esa ciudad concreta provoca el ansia de una ciudad ideal futura suprahistórica.

En la primera parte del libro, Zambrano proyecta su entusiasmo ante el futuro de España en el espacio urbano en que vive, se mueve y actúa. La ciudad de Madrid se describe de acuerdo a los estados anímicos de la autora como un desierto o un mar, incendiada en fuegos y luces, líquida como la propia historia, pues la instancia narradora, representada por el pronombre terciopersonal «ella», vive el pasado como presente abierto al futuro. Madrid, ciudad real, parece por momentos ponerse en pie en la escritura y elevarse hacia una dimensión trascendente, y la ciudad real en el recuerdo se aproxima a una ciudad invisible e ideal:

«En aquella hora histórica la luz de Madrid vibraba más que nunca; era ligera y carnal, se hacía presente, era un cuerpo luminoso. No es ciudad de muchos árboles, pero los que había dorados del otoño convertían la atmósfera de la ciudad en ascua de oro, y una lluvia de oro parecía caer sobre este oro salido de la tierra como ofrenda a la luz, como si los árboles se dorasen por amor a ella, por amor que busca semejanza».⁶

En ese éxtasis en que la verdad de la historia coincidió para Zambrano con la verdad de su vida, el espacio urbano se transforma fugazmente

en un recipiente de luz y de presencia absoluta, en un «Centro mágico», dice la autora.

En el fragmento «Hacia un nuevo mundo» del mismo libro se narra la disolución trágica de la esperanza confiada en «el destino soñado» por los intelectuales y el pueblo para España. Todo el capítulo tematiza la transformación de la esperanza circunspectiva vivida en Madrid durante la República en desesperanza radical. A partir del instante en que el destierro se hizo realidad, Zambrano perdió la confianza en sí como ente histórico y miembro de una comunidad civil y con ello se da un giro radical en su pensamiento. La pérdida de la ciudadanía en sentido amplio, despierta el sentimiento de la no pertenencia a ningún espacio, del desarraigo sin ciudad, sin patria, sin tierra:

«Sabía que para siempre se había desgajado de aquella multitud de la que formaba parte, como uno más, uno entre todos; se había despojado para siempre».

«Vivir era eso: morir de muertes distintas antes de morir de la manera única, total, que las resume todas, agonizar también, pasar entre la vida y la muerte, ser rechazado de la vida de múltiples maneras sin que por eso la muerte abra sus puertas, 'Vivir muriendo'».⁷

A partir de esa vivencia de desgajamiento, Zambrano abandona la esperanza en la ciudad terrena entendida como espacio de convivencia social y de utopías políticas. Entre 1940 y 1960 reformula su pensamiento, elabora una concepción ascética de la historia en línea agustiniana y redefine su sistema de valores, traduciendo categorías y conceptos filosóficos a términos religiosos. La preocupación central de los textos escritos en esos años será la de desvelar cuál es en su opinión el sentido del padecer humano dentro de la historia. El giro o metá-basis de su pensamiento es evidente. A partir

⁶ *Ibíd.*, p. 257.

⁷ *Ibíd.*, p. 265 y p. 267.

del exilio su pensamiento se enraíza en la experiencia y pasa a ser hermenéutica del propio sentir.

La esperanza, había dicho Gabriel Marcel, es el alma de los desarmados y el consuelo de los que fracasan. A la esperanza recurre Zambrano como arma para combatir la desesperanza que la acosa a raíz del fracaso de la guerra civil y el destierro. El desarraigo y la soledad del exilio la hacen nacer a una nueva vida de esperanza. El dolor a partir de entonces es concebido como prueba que da sentido a la existencia y el curso del tiempo se interpreta como un retorno a la eternidad, como el espacio necesario que hay que recorrer para regresar a un estado de eterna felicidad cuya metáfora es ahora la ciudad ideal o Ciudad de Dios. Vivir para la exiliada Zambrano es proyectarse mediante la fe, la esperanza y la caridad hacia un horizonte de bienaventuranza, descansando en la confianza de realización futura de la ciudad ideal y verdadera que crea y hace vivir a la persona, es decir, al individuo pensante. El esperanzado vive la continuidad del tiempo, pues vive en una plenitud que todavía no es y que sabe será para siempre. Mediante la esperanza el hombre se religa a Dios, pues la esperanza relaciona la eternidad con el tiempo en curso. De ahí que la historia, a partir del exilio, tenga para Zambrano carácter de «aurora reiterada».

A diferencia de la ciudad terrena que tiene consistencia material e histórica pero no espiritual, la ciudad ideal zambraniana, análoga a la Ciudad de Dios de San Agustín no tiene fundación histórica, es celestial y se hace peregrina en la tierra entre los bienaventurados, esos seres idénticos a sí mismos, que han logrado la plenitud del ser bajo una total carencia, sufrientes, pasivos pero no herméticos, entre cuyas filas se cuenta sin duda ella misma.

Es ya un tópico afirmar la serie de confluencias que se dan entre la agustiniana Ciudad de Dios y la ciudad ideal zambraniana. No hemos querido parafrasear a San Agustín aquí

aunque la lectura de su obra esté latente en mi reflexión. Consideramos el concepto de ciudad ideal como espacio de esperanza en el que se sustentan también la fe, la voluntad de sumo bien y el amor a lo imposible de los bienaventurados.

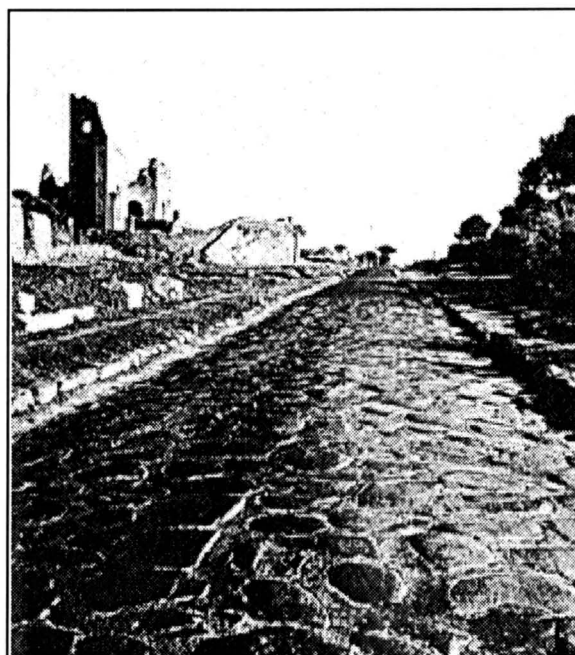
Una idea central predomina en el pensamiento de María Zambrano posterior al exilio, a saber, la relación entre fracaso y esperanza en el marco simbólico de la ciudad terrenal y de la ciudad ideal. Nuestra intención ha sido demostrar cómo el fracaso político de la República, la guerra civil y el exilio significaron para Zambrano una auténtica metátesis. Sobre las ruinas de la ciudad terrenal de la sociedad republicana española con la que soñaban las fuerzas más progresistas del país, elevó nuestra autora una ciudad ideal trascendente arraigada en la esperanza de sumo bien.

Volvemos finalmente a los puntos de deliberación con los que habíamos iniciado la exposición para poner en perspectiva nuestros puntos de vista. Con el término ciudad como eje, desarrolla Zambrano una serie de meditaciones en torno al concepto de sociedad, persona, democracia, tiempo histórico y verdad. De acuerdo a lo que hemos llamado visión ascética del tiempo, la persona según Zambrano se va apropiando de su ser y libertad en la medida en que se desprende de la quimera de la historia, de las utopías e ideologías que a modo de máscaras encubren la verdad de la vida. Ésta, la verdad de la vida, se le va desvelando al hombre en la intimidad, en la soledad y ensimismamiento. El origen de las crisis de las sociedades democráticas europeas en la primera mitad del siglo XX se encuentra en opinión de Zambrano en la divinización de la historia, es decir, en la falta de religación del hombre con lo trascendente o divino. La salvación del género humano sería únicamente posible para Zambrano en una sociedad abierta sin interrupción a la trascendencia y adscrita espiritualmente a los valores y virtudes teologales de la ciudad ideal o Ciudad de Dios. Este pensamiento, en apariencia comunitario, es eminentemente idealista,

pues no tiene como fundamento material la sociedad civil ni tiene tampoco en cuenta cómo podría ponerse en práctica. Difícilmente podría afirmarse que Zambrano haya elaborado un pensamiento político después del exilio. Perdiendo el arraigo en la historia, comienza a vivir ensimismada, olvidada y distanciada de las cosas. La ciudad ideal propuesta por Antígona en versión zambraniana es la metáfora de una esperanza siempre renovada, necesaria para sobrevivir y encontrar consuelo en el fracaso que conlleva la vida misma. La esperanza en la ciudad ideal es un principio de orientación para la persona, una suerte de «razón práctica» que cubre de olvido la historia y aligera el peso de la realidad, una razón práctica verdadera, más allá de cualquier utopía, a la que llegan sólo los bienaventurados, sellados por el sufrimiento para siempre por la luz de la verdad. Terminamos con una cita de Zambrano que corrobora mis intuiciones:

«Es el ancho presente de la esperanza, que se confunde con el olvido. En verdad viene de ella este olvido que es como una lluvia fina en que lentamente las nubes de los antiguos sueños se deshacen, mientras que a los lejos el horizonte es sólo una claridad que crece»⁸

El conflicto fundamental se da para Zambrano entre la utopía y la esperanza, entre lo social y lo divino. En torno a la categoría metafísica de la ciudad ideal elabora nuestra autora una teoría de la esperanza alejada de cualquier posible proyecto de construcción de una sociedad civil de carácter comunitario.



Vista de la vía Apia

⁸ Zambrano, María; *La España de Galdós*, Madrid, Endimión, 1989; pp. 100-101.